

Planteo de Vaz Ferreira

Manuel Arturo Claps*

Con la muerte de Carlos Vaz Ferreira desaparece uno de los últimos integrantes del grupo que Francisco Romero ha denominado acertadamente los fundadores de la filosofía hispanoamericana. Los demás son Enrique José Varona, Alejandro Deustua, Antonio Caso, José Ingenieros, Alejandro Korn y José Vasconcelos. (...) Estos pensadores "fueron raíz y comienzo de los movimientos actuales en los respectivos países" y tienen rasgos comunes. "La veracidad y el fervor de la vocación, la altura de la inteligencia, el saber que lograron allegar con sus propios recursos, la continuidad de la acción y la dignidad de la conducta". Y agrega Romero, "Ya ellos filosofaron por una íntima necesidad, que es en algunos casos como un destino; pero, avanzada todos ellos de un ejército aún inexistente cuando inician su labor, filosofan en la soledad, sin compañía ni resonancia, sin que el contorno atribuya mayor valor a su esfuerzo, por lo menos en la primera etapa".

Trabajaron solitarios, aislados y sin comunicación entre sí, cumpliendo la misma tarea, como obedeciendo a un imperativo común. Pero entre todos ellos se destaca netamente Vaz por la importancia de su obra, por la calidad del pensamiento y por la gravitación en la cultura de su país. Nadie se acercó más que él al tipo del filósofo puro, ni desarrolló tan admirablemente un pensamiento propio.

Dentro del pensamiento de lengua española su obra puede ser comparada con la Ortega y Gasset, Unamuno y Antonio Machado. (Véanse las curiosas coincidencias con éste último en Juan de Mairena). (...)

En la evolución histórica del pensamiento en nuestro país, "separa dos épocas. Con él la filosofía nacional llega a la mayoría de edad y se hace creadora". Domina ampliamente la primera mitad del siglo, y aunque en la segunda su influencia decrece, creemos difícil que surja otra que lo supere ni lo iguale siquiera.

En toda consideración de Vaz Ferreira hay que destacar tres aspectos: el hombre, la personalidad y la obra (y dentro de ésta la filosófica y la pedagógica). Si bien se hallan íntimamente vinculados y se aclaran mutuamente, en toda valoración deben considerarse separadamente,

* Publicado por *Marcha*, Año XIX, 10 de enero de 1958, No. 895, en ocasión de la muerte de Carlos Vaz Ferreira

sobre todo la obra, ya que la confusión de esos aspectos —algo así como un sofisma de planos— invalida por unilateralidad el juicio haciendo pesar decisivamente una faceta en desmedro de las demás.

Si fue uno de los sobrevivientes de la generación del 900 (muerto él quedan Roberto de las Carreras y A. Vasseur) fue también un sobreviviente de sí mismo, en cierto modo. Su larga y lúcida vida le deparó todas las vicisitudes del ciclo total. Conoció la admiración y el rechazo, la indiferencia y la fama. Desde muy joven sus compañeros reconocieron su excepcionalidad y se franqueó por concurso el acceso a la cátedra. Fueron los años de creación en que piensa intensamente, delimita el ámbito de su problemática, publica los libros fundamentales y desde la Cátedra de Conferencias irradia durante años su influencia. Simultáneamente comienza sus batallas por realizar sus ideas pedagógicas, sus fracasos y sus éxitos, los años grises de la incompreensión y las enfermedades, hasta lograr, al fin, la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias con la que comienza una nueva etapa. La más amarga, quizá, en la que por defender sus ideas no vacila en ocupar el primer puesto en el frente de lucha, soportando hasta el límite de lo imaginable la desconsideración, la incompreensión y la irrespetuosidad de colegas y alumnos, en una lucha en que se le trataba de igual a igual y en la que se jugó todo, inclusive su autoridad y su salud. Este martirio final de su persona es conmovedor y prueba hasta dónde era capaz de sacrificarse por lo que entendía justo y bueno. Al mismo tiempo y como contrapartida de estas ingratitudes, al cumplir los ochenta años, el país le rendía los honores máximos y lo reconocía oficialmente como maestro. Era una medalla con sus dos caras de luz y sombra.

Al considerar la obra de Vaz, lo primero que se destaca es la cantidad. Se puede decir sin exagerar que es enorme. Las obras completas preparadas por él para la edición oficial alcanzan diez y nueve volúmenes. Editados tiene casi otro tanto. Y no debe olvidarse que se han perdido muchas de las conferencias que dictara por falta de versión taquigráfica. Aunque en rigor Vaz no ha escrito ningún libro, todos ellos son originalmente conferencias. Con razón Unamuno decía “no es un libro escrito sino hablado... se siente en él hablar al hombre”. Ninguno de los fundadores alcanza ni de lejos esa cifra.

Dentro de la cantidad debemos señalar la variedad de los temas tratados (lógica, psicología, teoría del conocimiento, estética, moral, filosofía de la religión, filosofía del derecho y de la sociedad) y la amplitud de los desarrollos.

Con respecto a la obra en sí misma cabe distinguir lo siguiente:

- 1- La **actitud filosófica** (frente a la realidad y a su problematización).
- 2- **El modo y la calidad del pensamiento;** y
- 3- **Las ideas fundamentales**, las “ideas para tener en cuenta” que nos deja.

Con respecto a la actitud filosófica inaugura un comienzo radical en el pensar, en cuanto parte de la realidad y replantea los problemas. “Lo malo no es que haya soluciones hechas, sino que haya problemas hechos”. Como escribimos en otra oportunidad: “Vaz Ferreira es el primer hombre que en Hispanoamérica ha pensado de un modo original. Los anteriores estaban —en mayor o menor grado— predeterminados en pensadores europeos. Es a partir de él que nuestro pensamiento se independiza, comienza a existir en el sentido exacto de la palabra. Pensó por cuenta propia, prescindiendo de todas las teorías. Y se destaca más su actitud en contraposición

con la de otros —incluso posteriores a él— quienes con materiales ajenos y a veces heterogéneos, recomponen un remedo de pensamiento. Es el típico pensador de problemas. Ha replanteado problemas mal planteados con originalidad asombrosa, llevando el pensamiento a su misma fuente. Sus planteos abren perspectivas para seguir pensando, instauran la claridad, fiel a la forma de la filosofía como pensamiento de la distinción. En su obra se asiste una vez más al “triunfo de la razón analítica”.¹ Hasta dónde haya llevado estos planteos, que se haya “quedado” en ellos, que no haya podido concluir, es otra cosa. Lo importante y lo valioso es lo que hizo.

Del modo de pensar y de la calidad de su pensamiento cualquier página suya (de la época de plenitud, se entiende), testimonia elocuentemente la entre nosotros impar fineza analítica, el virtuosismo del razonamiento, la dignidad expositiva, el noble nivel de la meditación, la austeridad intelectual. Comparado en este sentido con un James y un Bergson, a quienes tanto admiró, es ya un lugar común. Es indudablemente, “un maestro en mostrar el pensar en el *status nascens*.”

En cuanto a las ideas, si bien hay mucho “simplemente entrevisto, sugerido a medio pensar” como él mismo ha dicho, hay algunas perfectamente perfiladas, como sus aportes a la lógica, una lógica no aristotélica, (el estudio de los sofismas) a los problemas de la libertad y el determinismo, los problemas sociales, las ideas directrices en pedagogía, las relaciones entre la ética y la acción.

Pero el pensamiento de Vaz no se caracteriza precisamente por una gran riqueza ideológica; hay casi un uso instrumental de la idea. Lo fundamental es disociar las ideas mal asociadas, analizar. Él mismo lo ha dicho: “Hacer nuevos argumentos, descubrir aspectos nuevos, es necesidad secundaria al lado de la esencial de deshacer las confusiones para poder apreciar y utilizar la obra intelectual de riqueza incomparable que, atraída por estos hermosos y vitales problemas, ha realizado la inteligencia humana.

Hay que tener presente, ante todo, el medio y la época en que pensaba Vaz para valorar justamente sus ideas. Era en los primeros años del siglo, en un Montevideo aldeano, sin tradición verdaderamente filosófica y totalmente aislada.

Las características de este pensamiento se pueden resumir así:

1. Una atención predominante concedida al método, al modo de pensar, que se manifiesta en una actitud analítica frente a los problemas y crítica frente a las doctrinas.
2. Un cierto psicologismo, muy característico de su época y muy afín con su mentalidad, especialmente dotada para captar lo psíquico, que lo conduce a un subjetivismo, sobre todo en los problemas de la moral y de la lógica.
3. Íntimamente vinculado con lo anterior, un escepticismo sui generis en el problema del conocimiento y de la creencia, “que no inhibe la acción sino que la suaviza”, como aclara él mismo.
4. Un humanismo basado en las posibilidades del hombre, del hombre como especie, instrumentado por la razón y animado por los sentimientos y los ideales. Basado en la confianza en el hombre, con un “optimismo de valor” y obseso por el bien y la tolerancia.

La influencia de esta personalidad y de esta obra tiene dos aspectos: uno positivo, en tanto ha tratado de enseñar a pensar mejor y ésta es “la intención de la *Lógica Viva*, su significado profundo, la promoción de un nuevo modo de pensar, más amplio, más sincero, más comprensivo que el habitual”. (A. Ardao) La finalidad y el aporte fundamentales de Vaz son la creación

de un estado de espíritu nuevo, distinto, ante los problemas, ante los hechos y ante las ideas, que se manifiesta en el plano teórico evitando en lo posible el error, y en el plano práctico evitando el mal derivado de aquel error.

El aspecto negativo consiste en que su influencia se ha manifestado, muchas veces, como inhibición, por la maestría inalcanzable de su pensamiento y por su insistencia en el peligro del sofisma. Su excepcionalidad y su prédica han esterilizado mucho. Y en realidad no ha tenido casi continuadores sino glosadores. Era como un padre de personalidad muy poderosa que inhibe el desarrollo de sus hijos.

La fama que alcanzó en vida —como toda fama, según se ha dicho— estuvo hecha en parte de malentendidos. Uno de esos malentendidos que recogió la prensa fue de que Vaz era un maestro de la juventud. Lo fue de una parte de la de su época, pero hace muchos años que había dejado de serlo de las generaciones siguientes.² (...)

Entre las causas están además de la crisis general de maestros, el cambio operado en la atención filosófica contemporánea y el desinterés por un tipo de pensamiento como el suyo. Nuestra juventud es una juventud huérfana de maestros, desorientada. Hace varias generaciones que los jóvenes no leen a Vaz Ferreira. Desde la época del Centro Ariel, allá por 1920, puede decirse.

Otro malentendido es el reconocimiento oficial. Se ha producido en las esferas del Poder Ejecutivo y del Parlamento pero no en los centros propiamente universitarios, donde verdaderamente hubiera importado. Aparte de las razones personales, que han influido, nuestra universidad, nuestras facultades de especialistas lo han rechazado siempre, no lo han comprendido. Han visto en él a un enemigo, a un representante de la cultura humanista, de la integración del hombre. El reconocimiento ha sido formal, en buena parte farisaico. Reconocimiento hecho por lo general en base de incompreensión, en que el espíritu de Vaz ha estado ausente.

Solo de la lectura, de la continuación de su obra, de realizar efectivamente tarea creadora, puede resultar el homenaje que merece. Casi sin discípulos, sin críticos, sin diálogo, su obra se difunde en un gran espacio sin ecos. Ahora que ha muerto, que hay algunos que trabajan, debemos iniciar el diálogo perdurable con su obra. (...)

1. Vaz Ferreira, Notas para un estudio, Separata de la revista *Número*, Nos. 7, 8, 9.

2. Caso similar al de Rodó.